DAVID.

SONETO.

El gigante Goliath con torva frente
Parece que á los cielos desafía,
Y su mirada, lúgubre y sombría,
De pánico terror hiela á la gente.
Despreciando al gigante omnipotente,
Con faz serena y noble bizarría
El mancebo David se acerca un dia,
Armado de una honda solamente.
Alza Goliath en sus robustas manos
Su férrea espada en ademan triunfante;
¡Inútil ademan, designios vanos!
Que dispara David su honda al instante,
Y el polvo, en que se arrastran los gusanos,
Con su soberbia sien barre el gigante.

BETHSABÉE.

Perdida la mirada en el espacio,
Melancólicamente se pasea
El glorioso monarca de Judea
Sobre el terrado de su gran palacio.

Acaso trae en tanto á la memoria,
Olvidando del trono el regio brillo,
Su antigua vida de pastor sencillo,
Su lucha con Goliath y su victoria.

Tal vez calcula con orgullo, en tanto,
En los hondos abismos de su mente,
La inmensa tierra y numerosa gente
Que envuelve con los pliegues de su manto.

Su fantasía plumas y pendones
Sueña tal vez, y ejércitos y mazas,
Y oye crugir espadas y corazas,
Y escucha relinchar á los bridones.

Pero hierve su sangre de repente
Y su cuerpo se agita palpitante,
Como el leon agítase anhelante
Cuando cercana á la leona siente.

Sus codiciosos é inflamados ojos
Clava tenaz en la mansion vecina;
Allí un poder oculto lo fascina,
Irresistible iman de sus antojos.

Con un supremo esfuerzo se resuelve
Los ojos á volver hácia otro lado;
Pero al punto, vencido y fascinado,
Al mismo sitio la mirada vuelve.

De Urías la muger que, descuidada,
Se solaza del baño en el recreo,
Es el potente iman de su deseo,
Es el blanco fatal de su mirada.

Por sus tersas espaldas ve estenderse
En hilos mil el agua cristalina;
Parece así su espalda alabastrina
Nieve que al sol empieza á deshacerse.

A las turgentes ondas remedando,
Mira ondular su seno voluptuoso,
Y sus manos que, en juego delicioso,
Como cándidos cisnes van nadando.

Contempla sus pupilas desmayadas
Fijarse en el espacio solitario,
Dirigiendo á algun ser imaginario
Amorosas y lánguidas miradas.

Su cetro y su corona el rey daria
Por ser la onda que su cuerpo toca,
Y ávido mira su incitante boca
Que sonriëndo al beso desafía.

Mira sus sueltos y húmedos cabellos
Que, á medias envolviéndola, se agitan,
Y mientras mas la envuelven, mas lo incitan
A que adivine lo que ocultan ellos.

Ciego el monarca de pasion, ordena,
Y de agudos deseos palpitante,
Que traigan á su alcázar al instante
A la que sus sentidos enagena.

David, de Bethsabée preso en los brazos,
Pasaba el tiempo, de placer sediento;
Mas de Natán el inspirado acento
Vino á arrancarlo de tan torpes lazos.

"Te vengo á denunciar, dijo el profeta,
A un hombre criminal de tus Estados,
Que, contando por miles sus ganados,
La fortuna del pobre no respeta.

"Un vasallo una oveja poseia
Que la delicia de su hogar formaba:
El en su vaso de beber le daba,
Sobre su propio seno la adormia.

"Pero el rico magnate, codicioso
Del miserable haber del indigente,
A su vasallo fiel traidoramente
Su única oveja le robó envidioso."

—"Son dignos de la muerte los impíos;
Y ese hombre, dijo el rey, de su fortuna
Volverá al infeliz cuatro por una,
Segun la antigua ley de los judíos."

—"Tú mismo, impío rey, te sentenciaste,
Dijo el profeta; que el culpable tú eres,
Pues, poseyendo tú tantas mugeres,
A tu vasallo su muger robaste.

"Tiembla, rey infeliz; que tu torpeza
De tus delitos llenará la copa...."
David entónces desgarró su ropa
Y cubrió de cenizas su cabeza.

SULAMITA.

A mi amigo José Guadalupe Lobato.

Vedla cual vaga con la faz llorosa,
En desórden la suelta cabellera,
Descendiendo del monte á la pradera
Tras el esposo prófugo la esposa.

Un perfume suavísimo desprende
De sus cabellos el Favonio errante,
Perfume tan balsámico y fragante
Que sobre todos los demas trasciende.

Negro en color, magnífico y lustroso
Como el ala del cuervo es su cabello;
Es una torre de marfil su cuello
Por lo bien modelado y por lo hermoso.

Un pacífico estanque trasparente,
Que del cielo retrata la hermosura,
Es, por lo tersa, lo apacible y pura,
Su virginal y despejada frente.

Lánguidos y expresivos son sus ojos,
Cual los de una paloma enamorada;
Es su mejilla fresca y sonrosada;
Flor de granado son sus lábios rojos.

Por su igualdad y nítida blancura,
De cándidos corderos un rebaño
Saliendo limpios y á la par del baño,
Es su bella y pareja dentadura.

Su tez hermosa y de frescura llena
La suavidad de los claveles tiene,
Y su vestido derramando viene
Olor que los sentidos enagena.

El movimiento de su talle airoso
La asemeja al palmar en el desierto;
A pesar siempre de su andar incierto
Conserva su ademan magestüoso.

Su blando aliento, al par de su vestido,
De cinamomos el olor derrama;
Suena la voz con que al esposo llama
Como de viuda tórtola el gemido.

Con voces suplicantes y dolientes
El objeto feliz de sus amores
Demanda á los peñascos y á las flores,
A los troncos, al aura y á las fuentes.

Lo vé, cae en sus brazos conmovida:
El la recibe de ternura lleno;
Así del cazador cae en el seno,
Falta de fuerzas, la paloma herida.

Siente de las caricias la influencia;
Y, habiendo, en brazos de su bien querido,
Al peso del amor desfallecido,
Tambien amor la vuelve á la existencia.

Ve y torna á ver á su adorado dueño,
Y que se halla soñando le parece,
Y muda y sin moverse permanece
Para no despertarse de aquel sueño.

Mas con acento cariñoso y blando,
Le habla el esposo y su cintura enlaza:
Ella entonces solícita lo abraza,
Que se escape de nuevo recelando.

Reclinada en el seno del esposo,
Y ébria de voluptuosos embelesos,
Son para ella sus frecuentes besos
Tan gratos como el vino generoso.

Pide que sus sentidos suavemente
Conforten con manzanas olorosas:
Que la sostengan con fragantes rosas,
Porque de amor desfallecer se siente.

Y, cual tronchada flor, débil cayendo
Su frente sobre el hombro del esposo,
Presa feliz de un vértigo amoroso,
De nuevo desfallece sonriendo.

JUDITH.

AL ILUSTRADO POETA MEXICANO

Ramon J. Alcaraz.

Cual cortesana que en perpetua orgía,
Ya de beber y de gozar cansada,
Yace lánguida, débil y postrada,
Bethulia en brazos del placer yacía.

En vez de espada y casco refulgente,
Sus guerreros, tornados cortesanos,
Copas de vino ostentan en las manos
Y guirnaldas de rosas en la frente.

Anegados en vino y en placeres,
Pasan raudas y estériles las horas,
Al compas de las danzas tentadoras
Y en el seno de impúdicas mugeres.

El pueblo audaz que, sin esfuerzo, pudo
Domar naciones en mejores dias,
Hoy, en medio de lúbricas orgías,
Olvida el arco y el templado escudo.

Se estremece de pronto la muralla
Al rudo choque del asirio bando,
Porque ya la ciudad está cercando
Con gran estruendo gente de batalla.

Sobre Bethulia fuertes escuadrones
Prestos avanzan al clamor de guerra:
De los carros al son tiembla la tierra,
Y el viento al relinchar de los bridones.

En brazos de mugeres embriagadas,
Los guerreros lo escuchan sorprendidos,
Y levantándose ébrios y aturdidos,
Preguntan por sus armas olvidadas.

¡Vino! que eterna vuestra fiesta sea,
Bebed, reid, brindando á los amores;
Que ya os responderán los vencedores
Con brindis al placer de sangre hebrea.

En vez de los simpáticos acentos
De la música alegre de la fiesta,
Tendréis dentro de poco por orquesta
De amigos moribundos los lamentos.

Ved de las armas el siniestro brillo....
Al arma, pueblo, si morir no quieres;
Que hombres, ancianos, niños y mugeres,
Fiero Holoférnes pasará á cuchillo.

De salvar á Bethulia, una heroina
Concibe entónces la sublime idea,
Y, con valor magnánimo, la hebrea
Al campo de Holoférnes se encamina.

Era Judith de corazon valiente,
De resuelto ademan, noble figura,
De arrogante, magnífica hermosura,
De regio talle y magestuosa frente.

Hasta el mas férreo corazon ablanda
De su pupila el devorante fuego,
Y, si con dulce voz pronuncia un ruego,
Con la mirada de sus ojos manda.

Semi-velada en voluptuosa seda,
Y deslumbrante de belleza y brillo,
Llega á la tienda del feroz caudillo,
Y este, al mirarla, estático se queda.

Su mágico mirar lo magnetiza,
La magestad de su ademan lo pasma,
Su tentador hechizo lo entusiasma,
Y su voz fascinante lo electriza.

Por un mirar de sus fatales ojos,
Diera su casco y su invencible espada:
La plaza con mas sangre conquistada,
Por solo un beso de sus lábios rojos.

Pone á los piés de la gentil matrona
Sus gloriosos laureles y trofeos,
Y sus armas y bélicos arreos,
Y á futuros deleites se abandona.

Al lado y á la voz de la judía,
Vino y mas vino delirante apura,
Y brinda con ardor á su hermosura,
Y en sus húmedos ojos se extasía.

De pronto, de sus armas se despoja,
De aquellas armas de Bethulia espanto,
Y, trastornado y descompuesto el manto,
Entre los brazos de Judith se arroja.

Ella, pensando en su Bethulia amada,
Multiplicó la fuerza de su mano,
Y al embriagado y bárbaro tirano
Cercenó el cuello con su propia espada.

Y á los muros subió con entereza,
Al abatido pueblo entusiasmando,
Como un ramo de flores ostentando
Del terrible Holoférnes la cabeza.

ESTHER.

Por ley injusta condenado á muerte
El pueblo todo de Israël estaba:
El dogal su garganta ya esperaba,
En manos de Jehová puesta su suerte.

De Amán bajo el tirano poderío,
Solo queda al pueblo por consuelo,
Mirar sus grillos y mirar al cielo,
Y, ¡ay! esclama, del mísero judío!

Porque ciego el monarca se abandona
En los pérfidos brazos de un privado;
De Amán que, con astucia, le ha robado
Pedazo por pedazo su corona.

A las doncellas de su reino habia
Llamado el rey para elegir esposa,
Y al trono á Esther subió por mas hermosa,
Sin saber que ensalzaba á una judía.

Sin quererlo, entre todas las doncellas
Resaltó Esther en gracias y primores,
Cual resalta la rosa entre las flores
Y la luna entre todas las estrellas.

Era la reina de gentil cintura,
De rojos lábios y nevado cuello,
Formas nobles, magnífico cabello,
Lánguida de ojos y de frente pura.

Eran de sus miradas los fulgores
Dardos de amor que el alma penetraban,
Sus mágicas sonrisas hechizaban,
Y en todos encendian sus amores.

Inspira culto su adorable aspecto,
Su dulce voz se filtra blandamente,
Y hasta el mas insensible, al verla, siente
De su atractivo el milagroso efecto.

Que, á su pesar, las almas orgullosas
Se sienten siempre en su favor dispuestas;
Porque es modesta entre las mas modestas,
Porque es hermosa entre las mas hermosas.

Para implorar del cielo la clemencia
En favor de su pueblo desgraciado,
Hace mártir su cuerpo delicado
De la mas rigorosa penitencia.

Olvidando las fiestas deslumbrantes
Se entrega á religiosos ejercicios,
Y se pone durísimos cilicios
En lugar de sus perlas y diamantes.

Aquellos lábios, del monarca cielo,
Hoy los mueve tan solo el rezo santo:
Aquellos ojos, del monarca encanto,
Hoy se encuentran clavados en el suelo.

Tras tantas pruebas, temerosa un dia,
A la estancia dirígese de Asuero,
A pesar de saber que el rey severo
Bajo pena de muerte lo prohibia.

Hasta la estancia entró, y al soberano
Allí contempla en toda su grandeza,
Con la régia corona en la cabeza
Y el régio cetro en la potente mano.

Mas de su audacia, Esther tiembla y se asombra
Al ver al rey, y en lánguido desmayo,
Cual si cayera herida por el rayo,
Del trono al pié cayó sobre la alfombra.

El monarca, bajando de su trono,
La levanta en sus brazos y la mira
Con toda la ternura que le inspira,
Miéntras le dice en amoroso tono:

"Objeto de mis ansias y deseos,
¿Porqué así te amedrenta mi presencia?"
—"Revoca, Esther responde, la sentencia;
Me has condenado á mí con los hebreos."

—"Yo, Esther, rendido tu perdon impetro,
Asuero replicó, pues no sabia
Que la reina de Persia era judía;"
Y con regio ademan tendióle el cetro.

LA MAGDALENA.

Á LA ESTIMABLE

Señorita Magdalena Montero y Espinosa.

Ved cuán gracioso, en bucles su cabello
Corona rico su soberbia frente:
Ved cuál desciende voluptuosamente,
Velando en parte el incitante cuello.

Mortales son sus ojos vencedores,
Volcanes de deseos encendidos,
Y, cuando ven, trastornan los sentidos
Con sus certeros rayos tentadores.

Es su talle de altiva soberana,
Por sensual movimiento columpiado,
Y provocantes son como el pecado
Los lábios de la linda cortesana.

Sobre todos impera Magdalena,
Porque une su magnética figura
Del ángel á la célica hermosura,
El hechizo traidor de la sirena.

Es su deleite hacer de sus cabellos
Los grillos que á las almas aprisionan;
A las almas que, incautas, se abandonan
Faltas de fuerza y con delicia á ellos.

Personificacion de los placeres,
Hay en sus gracias atractivo tanto,
Que es de los hombres déspota y encanto,
Rival y admiracion de las mugeres.

Triunfante va pisando corazones,
Siendo música dulce á sus oidos
De sus víctimas mismas los gemidos
O sus desesperadas maldiciones.

De los deleites el fatal beleño
Corrosivo en sus venas circulaba,
Y por su encanto sumergida estaba
En un contínuo y peligroso sueño.

A la voz de Jesus huyó el letargo
Que su torpe razon oscurecia;
Y el dulcísimo cáliz que bebia,
A la voz de Jesus, tornóse amargo.

Por vez primera el sentimiento bueno
Sintió que en su interior se despertaba,
Y corazon sintió que aun le quedaba
Bajo la nieve de su impuro seno.

Que, cual huyen medrosas las tinieblas
Ante la luz del sol resplandeciente,
Así tambien, de su nublada mente,
A la voz de Jesus huyen las nieblas.

Las rosas arrancó de sus cabellos:
Por cómplices tambien de sus errores
Desbarató sus rizos seductores;
¡Ay! rizos tan culpables como bellos.

Las sortijas brillantes y valiosas,
Testigos de desórdenes livianos,
Arrojó con desprecio de sus manos;
¡Ay! manos tan culpables cuanto hermosas.

Por su dolor el alma conmovida,
Ante las plantas de Jesus se arroja:
Con llanto de expiacion los piés le moja,
Cuanto fué criminal, arrepentida.

Se los unge con bálsamo oloroso,
De respeto y de amor temblando en tanto;
Pero el bálsamo tierno de su llanto
Para el tierno Jesus es mas precioso.

El, viendo entonces su dolor profundo,
Arrepentida viéndola y llorosa,
Movida siente su alma cariñosa
Y, cual leccion edificante al mundo,

Le dice en blando y compasivo tono,
Mientras sus dulces ojos á ella vuelve:
"Mucho has amado, y el amor te absuelve;
Levántate, muger, yo te perdono."